

Bocados de alguna realidad

Un texto submarino

Yo escribo mientras los últimos rayos de sol van encontrando su camino entre las hojas hasta este balcón. Me siento a pensar mientras el sol castiga con su luz todo el cemento. Mis notas hablan de frases que hace unos días leí. De Rougemont, Deleuze, de papeles, de la tinta, de mis manos. ¿De verdad estoy pensando, o estoy escapando?

Durante la larga pausa veo a la gata pasearse entre mis piernas. Salta sobre mi regazo entre mis cuadernos y por un segundo nos miramos.

Al menos debería con estos papeles hacer un plan, o un avión. Voy a escribir ideas, seguir creando, pero hacer cosas abarcables, manejables, capaces de ser apretadas con los dedos de mis manos. En el papel veo también máscaras y marionetas, hilos. Veo un personaje que se vuelve marioneta y se entrega al viento. Los hilos lo llevan a sueños de paisajes lejanos. Los hilos son sacudidos por manitos pequeñas, manitos de niño. A veces las manos son dos, a veces cuatro, a veces mas, a veces ninguna.

Una marioneta baila animada por los hilos que la conectan con lo alto. De un lado a otro se sacude el personaje con movimientos convulsivos, con movimientos que hacen que de su piel oscuras partículas vuelen y cubran el suelo.

Los espasmos parecen imprecisos e impulsivos. Pero, miro de cerca y siento que de imprecisos no tienen nada, y de impulsivos lo tienen todo. Cada contorsión es un giro que quita un poco más de ése polvo muerto que era antes su piel. Los hilos estiran de arriba estremeciendo sus brazos y los brazos de la marioneta responden tirando más fuerte para tensarlos hilos y hacer que todo lo de allá arriba también se sacuda.

Uno diría que no hay sutileza o precisión, pero se estaría pasando por alto el hecho de que títere y titiritero están bailando al son de la canción.

En el mar reina el silencio, pero cada criatura canta para sí una melodía. En lo profundo del lecho marino el dominio se divide entre silencio y oscuridad, pero cada criatura irradia algo de luz para sí. Pequeñas voces y pequeños candiles flotan por doquier, llenando toda esta profundidad que antes era sólo tinieblas de sonido y luz, revelando los colores de esta inmensidad, mostrando un colorido suelo sedimentado.

Quise llenarme de esa luz, mirar cada rincón que ella ofrece a descubrir. Flotaba en agua, luz y sonido. Me exalté, estiré mis brazos, agité el agua y los sonidos y colores movieron el sedimento de suelo, suspendiéndolo, trayendo otra vez oscuridad.

Hoy, un día después, hay una instante de sombra pero sé que hacia allá puedo seguir nadando y que van a haber más días llenos de claridad y sonidos. Ya no son luces y melodías lo que ansío, sino mis reflejos y ecos. Solo quiero seguir nadando sumergido en el agua.

Aquel va caminando y buscando. Persiguiendo charlas, lleno de incertidumbres, flotando en dudas, pero siempre lleno de ideas, de ganas, de movimiento.

A vos te hablo cuando digo que la gente que parecen ponerte en frente quizá no sea más que esa gente que necesitabas confrontar. Uno diseña un sueño y al otro día se levanta para vivirlo. De a poquito uno va logrando pintar su realidad. Una realidad menos trágica y romántica, una realidad con más para disfrutar.

Bailando los encontró la tinta. Bajo la estrella de la mañana se movían. El día fué largo, lleno de metáforas, lleno de sentimientos encontrados y compartidos. Hasta allí los alcanzó el relato, pero las líneas no dejaron de bajar, los renglones seguían imaginando. La tinta se introdujo en sus sueños, en sus venas. Tomó esas historias de mañanas con pisos de madera y ventanas, de voces llenando un cuarto blanco en el que el cardigan rojo era el centro gravitacional.

La tinta los empujó a bailar, a moverse. Los sueños dejaron de ser imágenes de vidas pasadas para convertirse en visiones de un futuro. Pero el futuro, el futuro es para cada uno. Los personajes serán protagonistas de sus historias, los personajes serán. Serán solos y solas. La tinta, mis manos, el presente y lo que viene, la habitación y mi habitación, el piso de madera y el piso de tierra. Los límites ya no son.

La tinta que los hizo bailar desciende ahora a un trozo de papel, y en él se dibuja un abrazo. Dejo el papel sobre la mesa de luz. Salto por la ventana dejando en la hoja besos y abrazos que mañana ella podrá vestir, la esperan junto a la cama para verla saltar de las sabanas y comenzar el día de la misma manera que lo terminó: bailando.

Desayunan chocolates mientras se balancean en columpios. La cámara recorre las expresiones de uno, luego es un nuevo plano para recorrer los ojos del otro. Cada uno piensa de su lado de la imagen. El encuadre se abre, retrocede lentamente al ritmo de una melancólica música de domingo, de a poco revela un fondo verde de parque, y dos columpios yendo y viniendo, oscilando cada uno colgando de sus propios hilos, atado a su propia estructura, en su propio parque, con su propio individuo mirando hacia el horizonte.

Desayunan chocolates cada uno en un parque diferente, ambos rodeados de personas que ríen, corren, charlan, piensan, respiran, leen, escriben, y dibujan. La imagen sólo tiene ahora algunos pocos detalles nítidos, los rostros ya no se distinguen, sólo se ven columpios oscilando, se escucha el sonido del vaivén, el aire se mueve con el balanceo, cada uno murmura el tarareo de una melodía.

Fuera del sueño hay una enorme cabeza sobre una almohada, construyendo imágenes, sonidos, movimiento, realidades. Mientras sus párpados permanecen cerrados, sus manos recorren la almohada y empujan un giro que lo transporta a otro parque. Con sus dedos va uniendo, entreteje posibilidades, conectando cosas que son con cosas que podrán ser.

Lo ví desaparecer en un segundo. La gigante ola lo enterró en el agua. Pestañé y volvió a asomar una cabeza que se desesperaba por aire mientras sus pies seguro se volvían locos por encontrar tierra. Se relajó, la ola pasó, y mitad en aire mitad en agua flotaba ahora sobre la superficie, yendo y viniendo en un elegante vaivén acuático. Se dejó llevar por la próxima ola, y surfegó hasta una nueva isla en la que no esperaba todo y nada por descubrir.

Saco de átomos. Moléculas a la deriva. Floto sin resistencia corriente abajo. Hay mucho, no tiene por qué haber más. No puede haber más, sólo puedo a veces convertir algo, hacerlo diferente. Diferencias que igual serán lavadas, absorbidas, diluidas. Mis acciones flotan en un mar de situaciones, en un mar de gente.

Gente solar, gente volcánica, gente magnética, gente intimidante, gente volátil, gente desafiante, gente rota, gente leve, gente pausada, gente atómica, gente galáctica, gente irradiante. Busco darle cuerpo a una idea, suficiente substancia para poder tocarla. ¿Cómo se mueve este personaje que estoy dibujando? ¿Cómo se transforman sus acciones en consciencia? ¿Cómo traduce estímulos en ideas?

Quiero dejar de contemplar antropomórficamente. Basta de buscar que las aserciones ajenas encajen en la subjetividad que he regalado a lo que me rodea. Escribir un mundo más chiquito, de escala háptica. Poner la realidad en frases de niño. Crear una base sobre la que luego puedo construir ideas coloridas y complejas, tejerles hilos, colgarlas, moverlas. Voy a orbitar y dejar que las ideas orbiten alrededor mío. En momentos de debilidad, y ante la menor duda: sonreír.

Han pasado ya varias lunas desde que tomé la decisión de quedarme por acá. Me senté y pensé en lo que necesitaba hacer en este lugar. Encontré ideas en las que he trabajado, cosas que han cambiado, y también objetivos que han quedado congelados en el tiempo. Hoy celebro lo logrado pero también busco retomar con lo abandonado, quiero seguir haciendo. Si me olvidé de lo que sentí fué nada más que por un instante, porque ya mis huesos me reclaman lo mismo. A mis días les hacen falta seguir sumando buenos abrazos y conversaciones que tengan tanto de espontáneo como de reflectivo. Compartiendo aventuras nos llenamos de energía. Las conexiones en las que voy a invertir tienen que devolverme sustancia.

Dentro de un calendario holgado entrego sustancia, intensidad y contenido sedimentado, porque es éso mismo lo que busco cosechar. Intensidad es amasar el tiempo, es enfocar energía. Pero hoy para juntar en mis manos de ésa agua creo que necesito paciencia y esperar a que el invierno vuelva a transformar a mis vecinos en cubitos de hielo. Ahora se me escurren todos entre los dedos, pero mañana voy a tener la oportunidad de sostenerlos y palparlos, de hablarles, de hacer que se derritan.

Entre la realidad que construyo de eso que me rodea y las acciones que construyo al moverme hay conexiones. Tanto yo como mi contexto respiramos, no podemos estar absolutamente quietos. Un milímetro más hacia la izquierda y los hilos toman una nueva posición, se retensan, se aflojan, se enredan, se cortan. Desde arriba los hilos se pierden, se ve una gran tela, se ven enriedos, se ve un cobertor, siento que se puede recorrer con los dedos, se puede apretar, oler, sentir.

¿Cómo hacer para hablar más acerca de lo que todavía no está pasando, en vez de seguir en un loop infinito de machacarme con lo que no se encamina hacia dónde yo quisiera? En esta línea temporal, o mejor dicho, en esta espiral temporal, las historias comienzan a existir al instante que uno las escribe. Esta, aquella; eso, esto otro; acá, allá.

Un amigo me decía que en nuestras cabezas hay una estructura. Un trazado mental, con calles, esquinas, mucho, poco, vacío. A los recovecos que compartimos los llenamos cada uno de nosotros con ideas e historias de diferentes colores. Mi amigo dice que para entendernos, para acordar y llegar a un punto, hay que conducir a esa otra persona hasta aquel pensamiento. Si voy sabés cómo llegar a la ubicación en la que descansa tu idea, entonces la otra persona puede escuchar primero el cómo llegar, para antes de escuchar tu concepto, analizar los colores de aquello que ya está en ese lugar. En el punto donde vive nuestro recuerdo se alinean y tiñen nuestros entendimientos.

Era un libro sin preguntas ni respuestas, sin autor ni fechas. Viajando de una tapa a la otra uno seguía a un personaje en búsqueda. Las páginas estaban colmadas de laberintos.

El libro era un espejo en el que reflejarse. Desprovisto de respuestas, pero con imágenes para cada pregunta. Las imágenes te llevan hacia el personaje. Ve más allá del personaje hacia los sentimientos, ve más allá de los sentimientos, ve hacia el pensamiento que personifica y lo mantiene en esa postura y le da esa capacidad de movimiento.

Un milenario libro de sabiduría en movimiento.

Realidad en tiempo e imagen. Mi cerebro se agarra de los pelos y sólo conecta estímulos con respuestas o les da lugar para que los dos graviten descontroladamente. Uno gira en torno al otro y después invierten roles. Esta cabeza es una bolsa con partículas subatómicas jugando juntas. Como el resto de este cuerpo, esta cama, esta habitación, de este rincón del planeta. Un cuerpo no pensante, un cuerpo celeste, una mano de un azul cósmico, de un azul gastado, un azul efímero, un azul abandonado. A las palabras se las lleva el viento, los dibujos resisten la brisa.

Amanecieron un día de verano, enredados entre cabellos, piernas, brazos. Despertaron sus manos, y poco a poco encontraron rincones ajenos en los que perderse. Pensar con las manos, aprender lo que un cuerpo no pensante puede hacer, pensamiento háptico, pensamiento que no necesita de lógica, de idiomas, de nada más que encontrar compartir más superficie, más fricción. El deseo despertó, creció y finalmente expiró en las telas.

Afuera la ciudad ya se está moviendo, igual que como se movía ayer en música, en colores, en ideas que llenan de inspiración. Hoy te toca mantener el paso pero no llevás adentro esta historia que caerá en papel tan pronto como te sientes, respíres, y dejes que la ciudad gire en torno a tu mesa de café.

Seguís pensando en llaves, en bicicletas, en metáforas, y en tantas otras cosas más. Pero has encontrado que son tus ideas las que querés masajear, que ellas florecen cuando se pegan a las que te regalan tus vecinos, que ellas tienen inercia y rebotan cuando chocan con las que vienen de afuera, y sobre todo que ellas son las que te hacen sonreír cuando les das rienda suelta.

El día se pasa en una creatividad, que si bien impuesta, no deja de dar vida a personajes capaces de vivir historias y de comunicar. Mientras progresa el día encuentra su camino hacia la noche, y de a poco te encontrás en un bar descubriendo un proyecto de tierras lejanas, de personas lejanas en lenguas lejanas. Aquí bailan mediadores de héroes, hacedores en ofensiva, marineros, extranjeros, solitarios, hermanos, todos iguales. Nuestras energías no se dan nunca de frente, si una viene la tuya se dirige hacia el otro rincón. Ya no te frustra, de hecho te hace empujar una pequeña sonrisa.

Nos llenamos de ideas, de proyectos, de alcohol, de deseo, de violencia, de complicidad, de felicidad y también frustración. Volvés a casa agotado, los héroes aquí son niños disfrazados que no esconden sus lágrimas. El suelo junta las gotas y mechones de pasado. Quisiste deconstruir y transformar tu subjetividad. Amaneciste con menos en tu cabeza, amaneciste más permeable, amaneciste más enfocado, amaneciste silbando. ¿Y mañana? Más.

Ver las piezas de una persona es fácil, ver lo que conecta a esas piezas requiere lupa. Feedback más complejo. Más historias juntos. Más empatía. Más paciencia. Más puntos de vivencia para unir pasados y presentes, e imaginar líneas que llegan hasta posibles futuros. Me he olvidado de cuánto necesito descubrir a otros y conocerlos en el largo plazo. Me he quedado con poca capacidad de reacción y en una pose más bien ridícula. Esto no es para lo que me he quedado.

Vivir es vivir nuestra subjetividad, los de afuera no son más que sujetos en una fotografía. Llenan la imagen de vida pero llegan sólo hasta el límite del encuadre. Solo voy y me siento, con amigos discutimos la película entre conflictos y risas. Caminamos en círculos pero con determinación, estamos totalmente seguros que nos mueve este sentimiento intenso de no poder jamás saber lo que queremos. Caminamos con cierto ritmo, vamos bailando.

En esta oficina no hacemos pausas de café ni cigarrillos. Algunos fumamos, algunos bebemos, pero nuestras pausas son momentos en los que bailamos, bailamos, bailamos. Dejamos de trabajar para movernos juntos, discutimos con las manos, nos decimos cosas con las poses. En nuestras pausas de baile no ahorramos en libido nos inflamamos de gratificación e intensidad, nos llenamos de lo nuestro y lo compartimos. Es un mundo háptico. Un mundo abarcable, masticable. Un mundo en trocitos que hacen click en cortas oraciones. Oraciones garabateadas por pequeñas manos. Oraciones simples. Oraciones que abarcan, que tocan, que se mueven y hacen mover. De la mano.

Escribo, voy más allá de definir a mis personajes, voy hacia los sentimientos. Paso esos sentimientos para darme de frente con los pensamientos de esos personajes que se mueven mostrando lo que sienten y quienes son. Escribo sólo acerca de la subjetividad que flota en las historias. Los mares de lugares y protagonistas los dejo abiertos a la exploración de quien se siente a leer. Todo pasa entre líneas, entre las palabras, entre las letras, bajo las oraciones, en torno a los párrafos, en el espacio negativo que la tinta no tocó. Todo aparece a medida que alguien más lo reconstruye.

He estado escuchando a la gente moverse a mi alrededor. Con cada paso dejan atrás sonidos, aire que se agita. Los que nos inspiran bailan, miran, tocan, suenan, exploran. Ellos nos llenan de ganas de ser. Me han enseñado a hacer olas para que yo mismo pueda surfearlas. Jugamos y nos sacamos chispas, me muevo en el espacio, aprendo a tropezar, recibo del suelo fuerza, salto, caigo. Aprendo con el cuerpo porque cuando nos animamos el espacio se prende fuego.

Camino renego mi coger emocional. Me paseo y dejo que las cosas a mi alrededor se paseen. Encuentro que todo está conectado, y al mismo tiempo todo está y lo conectamos. La bolsa de ideas se abre sobre la mesa y todo cae ante mis ojos. Me sumerjo de cabeza en dirección a ese mirage subacuático rico en desierto, entrego mis pensamientos al agua para hacer lugar a más. Hago un lento ascenso hacia la la superficie, cierro los ojos y pienso en burbujas, sirenas y el síndrome de decompresión. Tomo aire, vuelvo a nadar.